LA NUEVA ESPAÑA Jueves, 19 de junio de 2014 3 Cultura

LECTURAS

A vueltas con la «novela gráfica»

Leer o mirar, el dilema ante **La entrevista** de **Manuele Fior**

La identidad

Eduardo Halfon relata en **Monasterio** el ahogo de vivir en el Israel de los judíos ortodoxos

La identidad

Eduardo Halfon relata en **Monasterio** el ahogo de vivir en el Israel de los judíos ortodoxos

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

La obra de **Eduardo Halfon** es gozosamente engañosa. Libros breves en su continente, pero amplios en su contenido. Nada de literatura horizontal, para leer de corrido y olvidar, sino prosa vertical, honda, con resonancias, que exige la detención, la marcha atrás, el escrutinio. Palabras para perdurar, y una confianza siempre heroica, un poco suicida, en la literatura como restitución. En realidad, Halfon, que según confesión propia llegó a la escritura ya tarde, en la frontera de la treintena, y que hasta la fecha ha urdido en consecuencia una obra relativamente corta, formada apenas por seis libros, ha escrito siempre sobre un mismo tema. Contarse a sí mismo, explicar quién es Eduardo Halfon, mediante el expediente de contar la historia de los otros, de sus ancestros a menudo, pero también en ocasiones, como sucedía en **La pirueta**, de extraños marcados por la diáspora, el viaje, el vértigo de los mapas y las edades.

Monasterio

EDUARDO HALFON

Libros del Asteroide, 2014

Esa historia, que es en buena medida la historia del siglo veinte, no es una narración amable. Un abuelo judío polaco y tres abuelos árabes, sirio, egipcio y libanés, respectivamente, conforman un árbol genealógico de enorme complejidad, geográfica, cultural y sentimental. Si a ello se añade la peripecia personal del autor, nacido en Guatemala pero emigrado de niño a Estados Unidos, exiliado en ese sentido de una lengua, la española, en la que escribe, y que habría de recuperar sólo años más tarde, tras su regreso a Centroamérica, se comprende que la pregunta por la identidad suponga un hito en la investigación de este autor notable.

Si en **El boxeador polaco** la mirada apuntaba hacia la palabra horrenda, el agujero negro de la conciencia, el cáncer de cánceres, Auschwitz, cifra de pronto inscrita en el léxico familiar como mácula imborrable, en **Monasterio** la llegada a Israel de dos hermanos para la boda de su hermana con un judío ortodoxo revelará otro tipo de topónimos, no tan horrendos como el de los inmundos crematorios, pero no por ello menos fáciles de tolerar. La incapacidad del narrador para respirar en tierra israelí, su confusión ante los códigos de la sacralidad que rigen en ese espacio momificado por la palabra divina, el honor de la tierra y sus rituales para elegidos, estalla en una sucesión de pequeñas estampas de la desgracia, un elenco de desventuras, ninguna especialmente grave y todas felizmente resueltas, que conducen a una revelación a la postre consoladora.

Porque son otras cosas las que importan. Por ejemplo, las colinas de Jordania; por ejemplo, el don, hecho piel, de una mujer hermosa; por ejemplo, el bálsamo de la escritura. Así, contra la tentación de las grandes palabras, a menudo impostoras, **Monasterio** propone una redención distinta, en la que aceptar incluso lo políticamente incorrecto. Que mejor que morir en nombre de nadie sabe qué causa magnífica es vivir con la ligereza de espíritu de quien se separa de la gravedad del mundo, aunque sea a costa de hacerlo con el nombre que un día le robamos a nuestros asesinos.